

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 18 DICIEMBRE 1897. NÚM. 51

EL MOTÍN

PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

RESPUESTA

Para Luis Bonafoux.

París.

Es la modestia una cualidad hipócrita. Escuso decir que no la tengo, y que, por ende, acepto como merecidos los elogios que usted me prodiga en el artículo publicado en el número anterior.

No me pensaba nunca en que la patria me deba nada, pero me hubiese complacido el que el partido republicano reconociera que me debe algo.

(He dicho una majadería: el partido republicano y la patria son, ó deben serlo, una misma cosa. La retiro, y continúo.)

Pues como íbamos diciendo, el partido republicano... Nuevo paréntesis.

(¿Hay en realidad partido republicano? A veces creo que no. Hombres republicanos... (otro paréntesis dentro del paréntesis) hay muchos en España, muchos... Republicanos *hombres*, muy pocos. ¡Y lo que es partido!... En fin, no discutamos hoy por hoy esto, y adelante.)

El partido republicano no ha visto la que yo me traía al atacar á los curas; y unos correligionarios por ciegos, otros por mentecatos y muchos por cucos, han ido haciendo el vacío al rededor de EL MOTÍN. ¡Pobres gentes! Han preferido servir al confesor de la señora y las niñas, mejor que á la libertad. El Señor de cielos y tierra se lo premie con un asiento de preferencia en el Paraíso... que no existe.

Algunos, más pudorosos, siguieron suscritos hasta que yo les di pretexto para retirarse con cierta decencia, al emprenderla contra los jefes. Hicieron valer la heroicidad con el suyo respectivo, y se confundieron con la masa común de los majaderos, infinitos en número como las arenas del mar. ¿Y todo para qué? Para venir al fin y al cabo á la fusión que acabó con las jefaturas de derecho divino. Cuando aplaudían frenéticos en la Asamblea la base que preceptuaba el acogotamiento de los jefes, estuve por escupir... Pero ¿á qué usar de modestia, cuando acabo de condenarla? Escupí, y varias veces, y entre palabras poco diplomáticas... Los que estaban á mi lado las oyeron perfectamente. Más que alegría por el triunfo, sentí indignación al ver con qué entusiasmo aplaudían allí lo que en mí habían combatido. Verdad es que todo aquello era mentira. Al nombrar el Directorio demostraron que no pueden vivir sin amos; sin los amos de siempre.

Pero se me ha ido la hembra del fraile; la burra, como vulgarmente se dice. No es esto de lo que yo quería hablar hoy, si no de los curas. Vuelvo á ellos, pues.

Si; no han visto mis correligionarios á dónde iba yo á parar con las *flores místicas*; iba sencillamente á quitarle autoridad é importancia al cura, para que no pudiera valerse de ellas en beneficio de don Carlos. Como he dicho más de una vez, ¡valiente cosa me importa á mí que los curas tengan amas, y éstas chiquillos, ni que falten al mandamiento que sigue al quinto con las feligresas que se presten á ello! ¡Apenas hubiera yo figurado veces por esta causa, si llego á ser cura, en las *flores místicas* que hubiera escrito otro penitente de mis ideas!

No era por esto, no, por lo que yo los atacaba; era y es, porque veía y veo en los presbíteros (y en los

frailes) la encarnación lógica del absolutismo; era y es, porque, mientras ellos predominen, la libertad no será un hecho en la patria de Mendizabal; era y es, porque pretendía y pretendo contribuir á que España no viva constantemente amenazada por la guerra civil, y á que, como expreso en la introducción al folleto 11 de los *Crímenes del carlismo*, podamos decir pronto á las madres españolas: «Criad tranquilamente vuestros hijos: el carlismo, que os los asesina periódicamente, ha desaparecido, y para siempre.

Son, pues, unos infelices los republicanos que hacen aspavientos por mi campaña anticlerical, tanto por lo menos como lo soy yo por haberme pasado la vida echando margaritas á puercos. Que las margaritas no han sido de las superiores, harto lo sé; ¿mas acaso los puercos eran de la mejor casta?

Y ahora que hablamos de los *Crímenes del carlismo*. ¿Quiere usted creer, amigo Bonafoux, que hay periódicos democráticos, y aun republicanos, que no se han atrevido á anunciarlos? Así anda por aquí la idea liberal. Unos temen perder suscripciones de beatos, otros disgustar al clero... Merecían todos esos que don Carlos viniera y los colgase de la horca; que los colgaría ¡vaya si los colgaría! Lo único que me preocupa es que yo no podría verlos, porque me habría colgado antes que á ellos.

Pero hay más todavía. ¿Quiere usted creer que existen poblaciones importantes donde los folletos no se venden aún, porque los republicanos y librepensadores á quienes he suplicado que me indiquen personas que se encarguen de la venta, no me han contestado por miedo á que se descubra que ellos han intervenido en tan criminal negocio?

Es la ventaja que nos llevarán siempre los reaccionarios: que no se salen de su terreno. Nos odian y lo dicen, y lo demuestran, y no reparan en sacrificios para combatirnos. Han inundado á España de folletos, que reparten gratis, hiriéndonos con toda clase de armas, la calumnia inclusive. En hojas sueltas, en libros, en estampas, nos atacan sin tregua. Y cuando alguno de nosotros, como yo por ejemplo, trata de oponer folleto á folleto, libro á libro, estampa á estampa, pidiendo armas á la razón y á la historia, muchos de los nuestros, demócratas y hasta republicanos, se escandalizan, gritan, haciendo coro á nuestros enemigos, y algunos hasta trabajan en contra. ¡Qué lástima de sangre la derramada para que sean libres tales mamarrachos! No ya siervos, esclavos merecían ser, marcados en la frente con el hierro de la ganadería del señor.

Le he hablado á usted de todo esto, querido Bonafoux, para que vea cómo vivimos por estas tierras de m... místicos de reata (por poco no digo mulos) los que, cual yo, cree usted que merecemos bien de la patria: combatidos por los enemigos (lo cual es natural), calumniados por los correligionarios (lo cual es una porquería) y necesitando que venga del extranjero la voz que anime, fortalezca é impulse. ¡Feliz usted que vive en las afueras de esa gran población, entre árboles, sin que le emponzoñen el aire la suciedad del cura, el regüeldo del fraile, ni el vaho infecto de la hermanuca! ¡Y doblemente feliz por no ver las luchas mezquinas, la pequeñez de miras y las cobardías inexplicables de algunos que, á pesar de todo, hay que seguir considerándolos como correligionarios!

JOSÉ NAKENS.

HÁGASE JUSTICIA

Mientras Weyler ha estado al frente del ejército español en Cuba, no le he dirigido un solo ataque: lo mismo hice antes con Martínez Campos y lo mismo hago con Blanco. La falta de datos exactos para formar juicio, el temor á cometer una injusticia en asunto en que se juega la vida de tantos compatriotas, me han hecho callar.

Pero hoy ya está aquí, relevado, sin gloria, pesando sobre él la acusación tremenda de no haberse cuidado de la vida del soldado; y hoy todo español que sienta los nobles impulsos del patriotismo, que posea la más débil noción de justicia, debe gritar: «¡á procesarle!»

Y si del proceso resultare que es cierto cuan-

to se dice sobre su conducta allá, en la cuestión indicada, como en la de intereses, fórmese consejo de guerra y cúmplase la ley, que nunca la ley se habrá aplicado con más justicia, ni la justicia habrá resplandecido más.

Doscientas mil madres españolas con sus hijos muertos ó inutilizados, una nación agotada porque lo ha dado todo para acabar la guerra, bien merecen que se averigüe si ese general es culpable hasta el punto que ha dicho el de Sanidad militar, Fernandez Losada, quien debe figurar también en el proceso y sufrir la pena que le corresponda, por haberle prestado á Weyler la complicidad de su silencio, por lo menos.

Incócese desde luego ese proceso, y comenzará á variar de opinión de los que sostienen que España está irremisiblemente perdida porque es incapaz de regenerarse por el camino de la justicia.

ESPECTACULO VERGONZOSO

Tienen razón los enemigos del jurado; es escandaloso lo que sucede. Nosotros nos indignamos á la par de ellos, pues también los humildes tenemos el derecho á la indignación consagrado en el código inviolable de la ley natural: sentimos subir al rostro las ardientes oleadas del rubor, y tan pronto bajamos la cabeza avergonzados, como la erguimos al impulso irresistible de un fiero sentimiento de justicia.

Pero nuestra indignación reconoce causa distinta: no nos indignamos por el veredicto de inculpabilidad en la causa de Villuendas, sino por el espectáculo de muchos liberales, abominando de la única institución liberal que aquí tenemos.

¿Y todo por qué? Porque el veredicto pugna con las tradiciones de la justicia histórica, es decir, de la justicia encerrada en el molde estrecho de la letra de los códigos.

Eso y nada más que eso en el fondo y en la realidad es lo ocurrido: si se dice otra cosa, se dice para excusar con un débil sofisma un inculicable proceder.

No, no encontramos calificación adecuada para quien, llamándose liberal, maldice la mejor conquista de la libertad; para el demócrata que se asusta de la más grande institución de los pueblos civilizados; para el padre que reniega de su hijo y se junta á sus verdugos para acelerar el sacrificio.

Todavía no se ha desvanecido el asombro que nos produjo ver estampadas estas frases en el *Heraldo*, á propósito del veredicto en la causa de Villuendas:

«Toca á un segundo jurado enmendar el error y hacer justicia. Si no lo hiciera y si sancionare también el derecho de Villuendas á tomarla por su mano, la lógica pedirá que el Estado abandone esta función á las pasiones de la muchedumbre, proclamando la ley de Lynch.»

Cuando los hermanos Marina murieron en la horca inocentes del crimen porque fueron condenados, según se demostró después por la confesión del asesino, nadie se atrevió á decir tanto, y eso que aquel error terrible no podía compararse de ningún modo con el caso presente; y eso que no era el primero en la serie de errores semejantes registrados por la historia.

El respeto á la santidad de la cosa juzgada continuó siendo principio axiomático para la sociedad y ni siquiera bastó á quebrantarlo la triste experiencia de errores y faltas que hizo decir al ministro Bermúdez de Castro en las columnas de la *Gaceta*, que «la justicia había llegado á ser el terror de los hombres honrados.»

Y ahora, que el veredicto de nn jurado podía á lo sumo dar pretexto para decir que esa institución era el terror de los tramposos, causa un sentimiento indefinible ver á los liberales renegando de su propia obra, dando motivo á creer que los que así proceden, si se llaman liberales ó demócratas, tienen de tales solo el nombre.

Porque no se trata ya de Villuendas, ni de Moreno Pozo, ni de doña Carmen Pérez, ni del caso particular origen de toda esta polvareda; se trata del jurado

PANAMÁ CLERICAL

MUY INTERESANTE A LOS DEVOTOS

Si después de lo que vamos á decir, hay quien afloje cuartos para decir misas, con su pan se lo coma... el cura.

contra quien va esa campaña de todo punto injustificada é incomprensible aun en el caso de ser cierto todo cuanto se dice.

Que el veredicto envuelve una injusticia. ¿Y cuantas injusticias tan enormes como esa y más enormes todavía no se han consumado en nombre de la ley antes de existir el jurado? Que es una equivocación. ¿Era infalible la justicia histórica? En el caso citado de los hermanos Marina, aquella sentencia tenía la garantía de un juzgado inferior que sentenció, de la audiencia que confirmó la sentencia y del Tribunal superior que desechó el recurso. Tres tribunales de derecho que se equivocaron, y por esta equivocación lastimosa subieron al patíbulo dos inocentes. ¿A quién se le ocurrió entonces tronar contra la justicia y pedir la desaparición de los tribunales?

En último extremo preferible es el error ó la injusticia del jurado, más inclinado á la misericordia que á la severidad, á las equivocaciones de tribunales inflexibles.

Porque, después de todo ¿qué es el jurado? Es la intervención del pueblo en la administración de justicia. Y si buscáis su favor para engalanaros con la investidura del representante á Cortes, ¿por qué, defensores é instauradores del jurado, no bajáis la cabeza ante el fallo del tribunal de la opinión, como la habéis doblado antes ante los fallos no siempre justos, no siempre conformes con la ley natural, de los tribunales de justicia? ¿O es que sólo aceptáis la autoridad de la opinión en tanto que os eleva y satisface vuestro orgullo ó vuestras ambiciones?

No se invoque la ley; precisamente la misión del jurado es suplir las deficiencias legales, que más de una vez han obligado á condenar á aquel de cuya inocencia estaba moralmente convencido el mismo que le sentenciaba, por que de no hacerlo así, incurriría en tremendas responsabilidades. El jurado viene á dar nueva dirección á las tradiciones de la justicia. ¿Y le acusáis por eso? ¿Y renegáis de él por que cumple su misión? ¿Y anticipándoos á sus decisiones, invocáis la lógica para pedir que sustituya á todos los sistemas de juzgar la ley de Lynch?

Comprendemos á los carlistas maldiciendo de la libertad y de la civilización; comprendemos á los conservadores combatiendo el jurado; unos y otros están en su terreno; lo que no se comprende es un liberal condenando el jurado y creyendo que van á conmovirse los cimientos de la sociedad por un caso como el de Villuendas. Es un espectáculo tan lastimoso y tan bochornoso á la vez, que priva de la serenidad suficiente para juzgarlo cual se merece. Ante un espectáculo semejante debe creerse que llevamos el absolutismo en el fondo de nuestro ser y que no somos capaces ni dignos de la libertad.

¿Cómo no ha de tener fuerza el absolutismo para promover dos guerras civiles de siete años de duración y tenernos en jaque con la amenaza de la tercera, si ante los peligros que por todos lados rodean á la libertad, los llamados liberales se asustan de ella, la abandonan, y, padres desnaturalizados, ayudan á sus verdugos?

Si no tenemos el valor de defender las consecuencias de la libertad, aun en sus errores, aun en sus extravíos, no nos llamemos liberales.

Pero si lo somos de corazón, si sentimos dentro de nosotros palpitar la democracia, no como medio para los medros egoístas, sino como espíritu vivificador y salvador, tengamos la entereza necesaria para defender sus nobles conquistas: y sepamos en estos momentos dominar la gritería de los reaccionarios de toda especie con este otro grito:

¡Viva el jurado!

A. REDONDO ORRIOLS.

CARLISTA

Weyler, cuyo sable mendigan diversos grupos, se muestra propicio á los carlistas, á juzgar por las entrevistas que con ellos ha tenido.

Son naturales y muy lógicas estas inclinaciones.

El caudillo representante del terror y la crueldad ha de encontrar relaciones simpáticas en esos bebedores de sangre de la montaña que halagan sus instintos y proclaman el exterminio por sistema.

El general sobre el que pesa la tremenda acusación de haberse enriquecido en la guerra, ha de mirar con buenos ojos la alianza con los que se aprovecharon también de la guerra civil para henchirse de oro.

El militar que ha hecho odioso nuestro nombre, realizando actos que la pluma se resiste á escribir, merece ser carlista. ¿Que lo sea!

Hombres así desacreditan la libertad y debemos rechazarlos.

POPULUS.

(El Pueblo, Valencia.)

Sepan, pues, los devotos, que según cálculos muy bien echados de personas que han intervenido en el timo de las misas encargadas por el señor Ferrandiz en la iglesia de San José, misas que en su mayor parte no se aplicaron, aunque en cuatro años no se encargara una sola misa, no podría agotar el clero de Madrid y el de toda la diócesis las misas retrasadas, aun aplicando diariamente por ellas.

De modo que todo el que en ese periodo de tiempo encargue misas, se expone á pagarlas en balde ó á contraer una grave responsabilidad moral, porque, sabiendo lo que ocurre, se hace cómplice del retraso que por culpa de la avaricia clerical están experimentando muchas almas en salir del caluroso ¡qué rico para este tiempo! purgatorio.

¿Que cómo puede ocurrir esto? Muy sencillamente. Raro es el día que en las iglesias no cae un primo que encarga todas las misas, como el señor Ferrandiz. Como esto no lo sabe el público, acuden muchos lilas á encargar, este una, aquél dos ó tres, el otro un novenario, el de más allá las 30 llamadas de San Gregorio, para otros tantos días seguidos. Y todo se acepta. Los interesados, cuando asisten á la iglesia se contentan con ver salir misas y más misas, y luego cicatrizan la cuenta sin advertir si hay firmas suplantadas, ni fijarse en si los *erajais* han aplicado por la intención del *pagano*.

A los clérigos *pobretes* les pagan con un solo estipendio, el menor si no se han enterado del agio, el mayor en el caso contrario, y los infelices se callan por lo mismo que muchas personas listas se hacen las tontas en varios casos, por no perder el pan. Porque también en la Iglesia hay clases, y, lo mismo que en el mundo, la clase desheredada, los curas de misa y pucherete, atendidos al miserable estipendio de la misa, cuando la consiguen, viven sometidos á la ley de los clérigos poderosos, los privilegiados, los árbitros, los señores de la sociedad de sotana y bonete.

De este abuso resulta un residuo de misas al cabo del año, cuyo importe se eleva á miles de duros, según lo demuestra el tener algunas iglesias depositadas en sus oficinas ó en el Banco por este concepto 6.000 duros como San J., 5.000 como la de San S., ó 4.000 como la de San G.; debiendo tenerse en cuenta, para apreciar la importancia del sobrante, que esos residuos resultan después de haberse repartido todas las misas posibles entre los curas amigos de fuera de la diócesis, ya por parte de los párrocos, ya por la Secretaría episcopal donde se rinden las cuentas como se quiere, y desde donde se piden, según se ha sabido, misas del sobrante á las parroquias. La de San José, sin ir más lejos, había satisfecho poco antes de suceder lo del señor Ferrandiz, un pedido de 3.000 pesetas (unas 1.200 misas.)

Ahora sí que es el caso de preguntar: ¿á dónde van á parar estas misas? Nadie da razón de ello; ni los curas de los pueblos de la provincia, porque las misas que les dan no tienen mayor estipendio de seis reales, (y las de aquí se pagan á diez), ni los canónigos y beneficiados de Madrid, pues éstos asisten á las iglesias donde les pagan la misa diariamente; ni nadie, en fin, pues los que las cobran no dan tampoco razón satisfactoria del paradero de tales misas.

No ha podido saberse todavía el destino de aquellas misas que motivaron la separación del colector de San Martín, ni de las que dieron motivo á igual determinación contra el de San Antonio. De esto hace ya algunos años, si no muchos, los suficientes para haber olvidado aquello, tanto más cuanto que se procuró que tales fraudes no trascendieran al público.

Pero hoy la cosa varía: está probado lo ocurrido con el señor Ferrandiz, son hechos com-

probados los residuos de misas encargadas y no celebradas á su tiempo, y en datos incontrovertibles está fundado el cálculo de que este sobrante basta para ocupar durante cuatro años á todo el clero alto y bajo de la diócesis de Madrid-Alcalá.

Si fuéramos creyentes, no sería tan grande nuestra indignación por semejante abuso, como el espanto que nos produciría las reflexiones que sobre él hiciéramos. Porque ¿quién asegura que entre esas misas atrasadas ó filtradas por el ancho tamiz de la conciencia eclesiástica, no hay algunas encargadas para agonizantes, que habiendo podido ir, como quien dice, desde el lecho mortuario al cielo, están sin necesidad pasando los tormentos del fuego purificador, mientras sus deudos y parientes, que se rascan el bolsillo para evitarles sufrimientos, los creen en posesión de los gozes celestiales? Cura ha habido que al dejar esta vida por otra, (peor para él aun cuando hubiera ido al cielo) declaró que se había gastado el importe de 7.000 misas nada menos que le habían encargado en confesión y que no había obligado.

Para un sincero creyente todo esto debe ser motivo de espanto, de horror, de abominación, no sólo por las consecuencias que este fraude puede acarrear á los que en la otra vida esperan el alivio de sus penas de la generosidad de los vivos, sino también por lo que estas cosas perjudican á los prestigios de la religión y al de sus ministros.

A nosotros, es claro, nos encanta encontrarnos hecho el trabajo de demolición por los mismos que debían defender la ya desmoronada fortaleza religiosa; pero nos duele ver á los pobres presbíteros metidos en estas malandanzas; que al fin tenemos verdadera caridad y somos por naturaleza compasivos con la desgracia ajena. Y por esta vez los tenemos metidos en un callejón sin salida.

Continuemos en el artículo siguiente la sabrosa é instructiva historia del timo eclesiástico, para solaz de lectores y escarmiento de incautos.

Y SIGUE EL PANAMÁ

De él son víctimas, no sólo los cándidos que han soltado la mosca, sino también muchos individuos del bajo clero obligados, *pro pane lucrando*, á firmar listas sin recibir el estipendio señalado; debiendo darse por satisfechos y agradecidos cuando, como sucede á los curas de la diócesis de Madrid, reciben cada mes 20 misas de las muchas sobrantes en las iglesias de la corte y cobran *seis reales* por cada una de las que los oferentes han pagado á diez, por los menos.

La gente versada en estas cosas dice que hay una bula pontificia llamada *Apostolica Sedis* que castiga con excomunión este tráfico, pero se conoce que á la alta gente de sotana le sucede lo que al fraile del cuento:

Iban juntos por un camino un fraile y un labriego. Hablando, hablando, preguntó el segundo á su acompañante lo que opinaba sobre las excomuniones, porque él había oído que sus efectos eran terribles y que el excomulgado enfermaba hasta morirse de consunción y después de indecibles padecimientos.

—Te diré, hijo—contestó el fraile—eso de la excomunión, es según se tome: al que se preocupa de ella y da en cavilar, claro es que le sucede lo que dices; pero el que no hace caso, sigue como si tal cosa.

Siguieron andando y llegaron á un río que había que vadear. Aquí debe advertirse que el fraile iba caballero sobre una robusta mula y el labriego á pié. El siervo de Dios no se atrevía á tentar el vado el primero, á causa de venir el río con crecida, y propuso á su compañero que pasara antes montado en su mula, que conocedora ya de aquel paso, volvería después de dejar al otro en la orilla opuesta.

Hiciéronlo así, pero el paleta, que iba cansado y además resentido con el fraile porque

no le había siquiera invitado á montar un rato, al verse en la otra orilla, en vez de dejar que la mula repasara el vado, siguió con ella su camino, sin hacer caso de las voces del fraile.

Y como éste le amenazara con la excomunión, volvió la cabeza y le dijo:—No hago caso. Y continuó su marcha dejando al fraile á la luna de Valencia.

Algo así viene á suceder con los curas, que obran respeto á la excomunión de la bula nombrada como el paleta del cuento con lodel fraile; con la diferencia de que aquí quien se queda á la luna de Valencia, no es el padre santo, sino los crédulos *paganos*, las benditas ánimas, y esos infelices curas, que tienen que guardar santo silencio ante la explotación de que son víctimas, so pena de quedarse sin comer. Por esta razón algunos están dispuestos á probar grandes ilegalidades, con tal que se les garantice el secreto. El temor á las represalias les ha contenido hasta ahora.

Si supieran en las altas esferas clericales lo que se dice por lo bajo en los sitios frecuentados por sacerdotes, las felicitaciones recibidas por esta campaña, la inquietud de los fieles y la actitud de muchísimos clérigos, se espantarían. No es ya el escándalo, ni los resultados de un proceso ruidoso que el día menos pensado pueden entablar los fieles víctimas de este incalificable abuso, lo que puede resultar, ¿qué decimos? lo que está resultando de este proceso seguido por la opinión pública.

A estas horas las gentes de anchas tragaderas, los que después de lo ocurrido siguen creyendo de buena fé en la eficacia de los sufragios de la Iglesia, se preguntan asustados dónde encontrarán garantías de no ser engañados. Pregunta inútil, porque ¿qué garantía pueden ofrecer ya los que tan descaradamente han infringido toda la legislación eclesiástica sobre el particular? ¿Qué valla puede oponerse á la clerecía que se ha mofado de las prohibiciones de las bulas pontificias para recibir dos ó más estipendios por una misa, para rebajar el estipendio recibido, para retardar la aplicación, así como se ha mofado también de la excomunión fulminada por la bula *Apostolica Sedes*? Si no la ha contenido la pena de los eternos tormentos del infierno, ¿qué freno puede tener eficacia contra ese comercio de las cosas que debían ser santas para ellos?

Es menester que las gentes se desengañen: como correctivo y como freno no hay nada que iguale á las sanciones de la ley positiva, es decir, las penas del Código. Demostrado que las censuras eclesiásticas y los castigos de la otra vida con que los curas atemorizan y subyugan á los pobres de espíritu, no ejercen sobre ellos ninguna influencia, debe recurrirse á los medios terrenales; así, la Academia de jurisprudencia y los fieles defraudados en ese *Panamá* recién descubierto, harán perfectamente acudiendo á los tribunales ordinarios para que enchiqueren á los curas que hayan delinquido.

Y los creyentes, que abran el ojo (si es que no se lo han abierto ya los curas), y no contribuyan á formar en las iglesias un remanente que puede muy bien emplearse en armar á los carlistas; carlistas que á su vez pueden asesinar á los hijos de los mismos que hayan dado ese dinero á los clericales.

SAPOS Y CULEBRAS

Liberales de á perro chico que tronáis contra EL MOTIN porque relata algunas, muy pocas, de las picardigüelas que hacen los curas;

Republicanos de ojaldre que hacéis coro á los carlistas en novenas, letanías, procesiones y misas;

Beatas que tomáis el devocionario, decís que váis á la iglesia, y os coláis en sitios parecidos á aquél á donde se iba la mujer de la letrilla de Góngora;

Hermanucas divorciadas del estropajo que cuidáis niños en los asilos teniendo algunas los vuestros en las inclusas;

Y en fin, frailes, curas, sacris, monagos y demás seres de baja estracción que estáis ahorrando dinero del que sacáis por cualquier medio para destinarlo á la compra de fusiles...

Tengo el gusto de poner en vuestro sucio conocimiento, que el asunto del *Panamá Eclesiástico* descubierto en Madrid marcha al pelo, á pesar del silencio que guarda la prensa liberal de gran circulación, y que se están descubriendo cosas que me tienen fuera de mí, (de contento, se entiende.)

Con datos y fechas se está demostrando que varios templos necesitan á diario una visita de Cristo armado con el látigo de marras, ó, en su defecto, la de un juez con un escribano y un alguacil.

Ora se nos habla de un rector de la iglesia de las Maravillas, que por toda contabilidad llevaba su memoria y un enorme bolsillo verde. ¿Que recibía dinero de misas, no importaba cuántas ni los diferentes precios? Al bolsillo. ¿Que era dinero de funciones? Al bolsillo. ¿Que tenía que pagar algo, aunque fuese ropa suya, comestibles ó emolumentos al clero? Mano á la bolsa verde. Y á fin de mes, cubiertas las atenciones, se quedaba con el *superavit* y ¡á... vivir!

Ora se nos refiere que ese mismo comprometió una misa con cuatro familias y descubierto merced á una equivocación de un cura, se armó en la sacristía de la iglesia un escándalo mayúsculo, oyéndose voces de hombre y de mujer, insultos y los gritos de «¡ladrones! ¡canallas! ¡tío estafador, es esa panza le caben á usted más misas que en una catedral!»

Por estos y otros varios procedimientos, el atocinado ministro del Señor dejó al morir 10.000 duros en monedas de oro dentro de latas de pimientos escondidas en la bóveda de su iglesia, y además varias tierras, fincas y títulos de la Deuda; pero no pensó en restituir ó saldar las suyas con las ánimas. ¿Si tendría fe en la eficacia de las misas para el acarreo de almas del purgatorio al cielo!

Ya se nos dice que otro rector, el del Espíritu Santo, estafaba así á sus clérigos: les hacía firmar listas encabezadas con el precio de la misa en cifras; si éstas eran, v. gr., un 10, hacía pequeño el cero, y firmada por todos la lista, añadía al cero un rasgo que convertía el 10 en 16, verdadero precio pactado con el pagano de las misas. Ese mismo falsificador y timador místico escamoteó á un clérigo una misa representada por un duro que había colocado debajo del solideo en la sacristía mientras despachaba su faena en el altar.

Ya se nos prueba que en la iglesia de Santa Cruz dijeron el día 14 de Diciembre *dos tandas* de misas á favor de las almas de dos señoras que se llamaban María del Carmen, aunque los apellidos eran diversos, y cobraron por duplicado como unos benditos.

También se nos relata la estafa de que estuvo á punto de ser víctima una señorita hija de un coronel, en la iglesia de las Vallecas, hoy parroquia de San Miguel; y gracias á que habló fuerte, gritó indignada y amenazó con la prensa, le pidieron perdón, le rogaron y la cosa no trascendió al público...

En fin, que no acabaríamos nunca si hubiéramos de referir cuanto hoy se escribe en la prensa sobre los abusos, las inmoralidades y la *robandina* que hay en eso de las misas.

Creo que ha llegado el caso de que los tribunales civiles intervengan y lleven á la cárcel en racimos á los curas que se hayan comido esos millares de millares de misas. Si por robar un panecillo para comer va un hombre honrado á la trena ¿por qué han de andar sueltos los culpables de que las almas del purgatorio que deberían haber ya llegado al cielo á pie ó en fraile, permanezcan á la temperatura del cochifrito? Y menos mal que estamos en tiempo frío; si estuviéramos en canícula, no pagaban esos curas ni con la piel... de su ama.

LOS FRAILES

Es aterrador y repugnante el cuadro que representan la generalidad de los pueblos de España y particularmente estas provincias, que se ven inundados por esos soldados de la reacción; por todas partes asoman religiosos, con escándalo de cuantos desean que se cumplan las leyes.

Parece que en España hay por parte de los gobiernos cierta voluptuosidad en conculcar las leyes. Al partido conservador se le acusaba de prurito en violar todo precepto legal, y el partido que hoy está en el poder, que no cuenta en su seno con un Pidal para determinadas imposiciones, incurre en el mismo vicio, comete iguales desafueros.

El año 1851 celebró doña Isabel II un concordato con Pío IX, en cuyo artículo 30 se declara que, con ciertas restricciones, se permitirá en España el establecimiento de casas y congregaciones religiosas de *San Vicente de Paul*, *San Felipe Neri* y otra orden de las aprobadas por la Santa Sede.

Por decreto de Carlos III se suprimió la Compañía de Jesús, supresión confirmada más tarde por el Papa.

Por decreto de 8 de Marzo de 1836 se suprimieron las órdenes religiosas, con excepción de los colegios de misioneros para las provincias de Asia, las casas de clérigos de las Escuelas Pías y los conventos de hospitalarios de San Juan de Dios, que se hallaban abiertos entonces.

¿En qué ley se fundan los frailes no comprendidos en las excepciones señaladas en los decretos de Carlos III, de 8 de Marzo de 1836, y 22 de Julio de 1837 y en el Concordato de 1851 para edificar conventos, levantar casas de enseñanza, suntuosos colegios, etc., etc.?

¿Qué razón hay para que el gobierno falte á su deber no expulsando á los frailes intrusos, según las leyes? ¿Por qué se permite el establecimiento de jesuitas en España, faltando á la ley de proscripción hoy, pues que no ha sido derogada?

Es necesario que se cumpla la ley, Sr. Sagasta, y que sean expulsados todos esos frailes que con arreglo á las leyes ya citadas no pueden establecerse en la nación española.

Alentados los frailes por esa inconcebible tolerancia del partido liberal, pretenden recobrar el dominio que en pasados tiempos tuvieron y caer sobre los pueblos á bandadas como langostas sobre los campos de la Mancha. Pretenden volver á enseñorearse del país, olvidando que el pueblo español los echó en 1834 y 1835, degollándolos en los conventos porque el gobierno andaba rehacio en suprimir las órdenes religiosas.

Durante la dominación de la casa de Austria, varias veces las Cortes expusieron á los reyes la necesidad de poner coto al desarrollo de los conventos; durante la casa de Borbón, insinuó el pueblo sus deseos de reducir las órdenes monásticas. Los hombres distinguidos del tiempo de Carlos III y Carlos IV no vacilaron en manifestarse adversarios decididos de las comunidades religiosas.

El pueblo abrazó la causa del progreso, y como viera un obstáculo en los frailes, enemigos de toda evolución y mantenedores sistemáticos del *statu quo*, hubo de pedir á los poderes públicos que se sanease la sociedad española suprimiendo los conventos, focos de *inmoralidad* y de *corrupción*, según cierto informe de 1821. La ciencia económica, hija del siglo XVIII, proscribió la concentración y la amortización de la riqueza en manos muertas.

El grito de protesta era unánime en el primer tercio del presente siglo; todas las corrientes se manifestaban adversas á las órdenes y congregaciones religiosas. Exigia el pueblo la supresión, á nombre de la libertad y de la moralidad ultrajada con el libertinaje de los conventos; los filósofos, á nombre de la filosofía y del progreso; los economistas á nombre de la

riqueza acumulada, mal adquirida y sustraída á la circulación; todo el mundo á nombre de las ideas de humanidad, desconocidas por hombres y mujeres entregados á la holganza y al egoismo del claustro, viviendo sobre el trabajo ajeno.

A este clamoreo general oponíase el gobierno por esa fuerza de inercia y de resistencia á todo progreso que se da en todo poder constituido.

Exasperados los ánimos contra los frailes, vino á excitarlos más y más el ver salir de los conventos el equipo para el ejército del absolutismo y saberse que cada corporación religiosa era un centro de conspiración contra el nuevo orden de cosas. Triste era para los hombres de 1834 y 35 ver morir á sus hijos en Cataluña y en las provincias vascas á manos de las hordas alimentadas y equipadas con las pingües rentas que el pueblo liberal pagaba á los conventos; tristísimo ver en cada fraile un reclutador de soldados para el ejército del absolutismo. En presencia de la inacción del gobierno, sólo necesitaba el pueblo un pretexto, el grito de uno más animoso, para lanzarse sobre los conventos, produciéndose las matanzas que todos conocemos.

Las cosas continúan como entonces, aunque ahora sea menos justificable la conducta del gobierno; á aquellos tristes acontecimientos hay que sumar los horrores de dos guerras civiles y la deslealtad y traición de San Carlos de la Rápita, sostenidas y atizadas por la clerecía, como se sostiene hoy en el confesonario, desde el púlpito y en las romerías el odio á las vigentes instituciones, la necesidad de restablecer la Inquisición, volviendo á los ominosos tiempos de Felipe II, la necesidad de mucha infantería, caballería y artillería para abrasar á los liberales.

La presencia de los hábitos monacales en las casas, paseos, calles y plazuelas, es una provocación y una ilegalidad: ilegalidad, porque no se cumplen el Concordato y los decretos citados; provocación, porque no echará el pueblo en olvido los grandes agravios que constantemente recibe de la clerecía. No se olvida fácilmente que en lucha contra el absolutismo ha muerto una gran parte de la juventud de dos generaciones, y pagamos enorme interés por la deuda, contraída casi toda para sostener las dos guerras civiles.

Porque vemos un peligro en la presencia de los frailes y jesuitas, reproducimos los dolorosos recuerdos que de esta ralea conserva el pueblo español.

No quisiéramos se reprodujeran hecatombes como la del 17 de Julio de 1834, queremos economizar todo derramamiento de sangre, nos horroriza toda violencia, aborrecemos la pena de muerte, y por eso prevenimos al gobierno para que, cumpliendo con su deber é inspirándose en la opinión pública y en el espíritu de nuestros tiempos, haga cumplir el Concordato á los jesuitas y demás órdenes religiosas que invaden el país.

(La Libertad, de San Sebastián, 31 Octubre 1889).

SUSCRIPCIÓN PARA PUBLICAR

LOS FOLLETOS *Los Crímenes del Carlismo*.

Madrid.—Narciso Campillo (catedrático). Para folletos.....	5
Idem.—Eduardo Carrillo (cajista). Para folletos.....	3
León.—Enrique Zotes. Para suscripción y folletos.....	16
Molino de los Pelones.—Para folletos...	5
Ferrol.—Junta municipal de la fusión republicana. Para propaganda de folletos....	15
Sotomayor.—Inocencio Vilán Iglesias. Para suscripción á EL MOTIN por lo que falta de siglo y folletos.....	25
Montoro.—Francisco Poblete. Para folletos.....	5
Egea de los Caballeros.—José Gil. Quisiera ser un Creso para haber acudido el primero á su llamamiento patriótico. Pero ahí va lo que puedo enviar ahora para suscripción y folletos.....	10

León.—Ruperto Sanz, para la publicación de folletos.....	50
Jerez de los Caballeros.—Tomás Hernández. Dos años de suscripción.....	12
Valencia.—Mauricio Díaz Delgado. Para folletos.....	4
Villaviciosa de Córdoba.—Antonio Gómez. Para suscripción y folletos.....	10
Irun.—Gervasio Muñoz. Para folletos...	10
Morón de Almazán.—Enrique Cañizo. Para folletos.....	10
Gallarta.—Círculo republicano. Para folletos.....	22
Tarrasa.—Salvador Ibañez y Ramón Camón. En su nombre y en el de otros compañeros del Círculo de Tarrasa, para la propaganda anticarlista.....	10
San Vicente de Alcántara.—Jerónimo Llinás. Para folletos.....	15
El Ferrol.—José Díaz. Cuota del mes para folletos. ¿Qué hacen de su republicanismo tantos que se dicen republicanos en esta población, tan dominada por el jesuitismo?	1
Alcalá la Real.—Demetrio Alameda. Para ayudar la hermosa idea de los folletos...	3
Mieres.—Gerardo Molleda. Para folletos.	5
Idem.—Francisco Muñoz. En recuerdo de una bala carlista que me inutilizó una mano.	2
Idem.—Francisco Jore. Para que siga dando guerra á los carlistos.....	3
Peñarroya.—Benito Rodríguez. Para folletos.....	2

(Se continuará.)

DISPAROS

Se asegura que la combinación preparada por el jesuitismo, es la siguiente:

Hacer abdicar á don Carlos en su hijo Jaime, para lo cual se han dado ya algunos pasos, y formar un partido llamado nacional en que entren carlistas, integristas, mestizos, romeristas, con Weyler á la cabeza, y por de contado el clero y la frailería.

Y en cuanto esté formado, claro: España, entusiasmada con la ganga que se le entra por los puertos, va ¿y qué hace? se electriza, empuña la escoba y barre toda esa inmundicia. Y desde entonces comenzará á ser una nación digna y decente.

Por lo tanto, me place que se forme cuanto antes.

Weyler está á partir un piñón con los carlistas.

En poco se estima el que, después de haberlos combatido y saber quienes son, se acerca á un partido que hará figurar su nombre al lado de los Savals, Cucala, Santa Cruz, Rosa Samaniego y otros asesinos y ladrones parecidos.

Los militares fusilados en Olot, Endarlaza, Estella, Abarzuza y cien puntos más por las hordas carlistas, deben extremecerse de orgullo en sus tumbas si un día ese general del ejército español se une claramente con sus asesinos.

Hay republicanos que sueñan con una dictadura ejercida por Weyler.

Pero ¿á dónde van á parar esos estimados correligionarios? De la idea nada digo... ¿pero del hombre? ¡Por Cristo! De suicidarnos, elijamos para caer el empedrado de la calle de Segovia, no una cloaca.

La prensa monárquica, excepción hecha de *El Nacional*, no se atreve á hablar del *Panamá eclesiástico*.

Soy, como el que más, entusiasta por la prensa; á ella debo el escaso renombre de que gozo; vivo de lo que en ella gano; por defender mi derecho á publicar libremente mis ideas, haría cualquier sacrificio; proclamo que sus inconvenientes, pues los tiene, quedan eclipsados por sus ventajas.

Y á pesar de pensar todo eso, me avergüenza ser periodista siempre que veo el interés antepuesto á la justicia, ó el miedo á la dignidad.

El Ampurdanés, de Figueras, se ha propuesto que vayan á su destino cincuenta duros de un legado para el cementerio, que recibió hace tres años el exalcalde carlista de aquella ciudad, Sr. Moragas.

Si mandando los liberales hace eso, ¿qué no haría ese carca estando en el poder los suyos? ¡Pobre España si cayese durante un solo mes en las garras del *Chapa* y sus secuaces! Desaparecería del mapa.

Dícese que el general Correa ha recibido certificaciones de los párrocos de Cuba, las cuales acusan que han fallecido de hambre 176.000 concentrados.

Datos para el proceso que debe formársele al general de los 130 bultos de equipaje.

A diario da la prensa noticia de enfermos que han venido de Cuba y se están muriendo de hambre.

Los que se quedan allá enterrados, pudieran exclamar al morir con más razón que Ovidio:

«¡Ingrata patria, no poseerás mis huesos!»

El día 8 estrenó el cabildo catedral de Orense ricas vestiduras de color azul, artísticamente bordadas; costaron dos mil duros.

¿Cómo se habrán regocijado las almas verdaderamente piadosas con esta noticia de *La Correspondencia*!

Siempre es un consuelo para tantos fieles que no comen y tiritan de frío, el saber que no decae el prestigio de la religión y que sus ministros andan bien de ropa.

Y una compensación al repugnante espectáculo que dan esos inválidos de Cuba con el destrozado traje de rayadillo, el que dan esos clérigos tan ostentosamente trajeados.

Ha muerto en Antequera nuestro correligionario don Juan Molina del Pino.

Republicano convencido, consagró vida y esfuerzos al servicio de su causa con un entusiasmo y un desinterés siempre dignos de elogio, pero más en estos tiempos de vergonzosas debilidades y criminales apostasías.

Descanse en paz el probo ciudadano que deja tan hermoso ejemplo de constancia y lealtad.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El cura de Nava de San Antonio ha descubierto que EL MOTIN está excomulgado.

¿Sí, hermoso? Pues, mira; no sabía una palabra...

Aunque, sí; ahora recuerdo que me han excomulgado 47 obispos y han rebuznado contra mí todos los curas de España, como tú ahora. Le doy tan poca importancia á las necedades, que no me acordé al pronto.

¿Y dime tú, presbítero? ¿tienes ama? ¿es guapa? ¿hace algún viaje para mudar de aires á plazo fijo? Porque si la tienes, y con todas esas naturales consecuencias, algo más escandalizarás á los vecinos que yo con estar excomulgado.

Ahora, si no la tienes, y eres casto, desinteresado, amable y caritativo; si á los hijos de tus feligreses pobres los bautizas gratis y á ellos los entierras de balde, dímelos y lo haré público, por lo raro, con la misma satisfacción que hoy te digo:

¡Estoy excomulgado, y muchas veces, y á gran honra!

Blas Hernández, rector del Seminario de Zamora, cura entre macareno y achulado, se dedica á confesar á las señoritas de la aristocracia.

Le alabo el gusto; pero no he de callar que me parece mal el que deseche á las sirvientes de esas señoritas cuando se pongan en suerte... de confesar. También las hay guapotas entre ellas, y si no marean con el olor de perfumes finos, oliscan ferozmente á hembras, como decía el fraile, y por lo tanto buen entendedor en la materia, Tirso de Molina.

(Por si Hernández no sabe quien fué ese Tirso de Molina, que bien pudiera, porque hay rectores de Seminario brutos como cerrojos, le diré que fué, además de fraile de la Merced, autor dramático de los primeros del siglo XVII.)

Sólo en el caso de ser las sirvientes feas ó viejas, me esplicaría la negativa del Hernández á confesarlas.

Murió en Viduido (Coruña) un señor, padre de dos curas, y los compañeros de sotana que acudieron al entierro para festejar sin duda la subida al cielo del alma virtuosa del difunto, se entregaron á la comida y á la bebida.

Tal debió rendirles el piadoso ejercicio, que á la vuelta apenas podían tenerse en pie, y casi todos resultaron contusos y con algunos rasguños á consecuencia de las caídas que dieron.

Dignos de compasión son esos apreciables presbíteros que así saben mortificar sus cuerpos cuando se trata de la salvación de las almas.

Porque un pobre feligrés de la parroquia de San Juan de Calo (Coruña) no pudo dar al cura la cantidad de centeno que allí es costumbre, le increpó duramente, concluyendo por decirle: «pues si no me da el centeno, desde hoy tendrá un mal cura; ya caerá usted.»

Estaremos alerta, para cuando llegue el caso de que caiga el feligrés, caer nosotros sobre el cura y no apearnos hasta el día del juicio por la tarde.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.